

M^a ANTONIA PARÍS, MUJER DE LA HISTORIA, MUJER DE DIOS

A lo largo de la Historia, de muchas maneras Dios se ha hecho presente y ha hablado a mujeres y hombres (cf. *Hb 1, 1*). Cada una de estas “palabras” ha configurado en ellos una respuesta concreta: otra forma de mirar la realidad, otro modo de entender a Dios,... en definitiva, distintas maneras de vivir. Y a cada uno, Dios se da de una manera: Pablo, Inés, Cecilia, Agustín, Clara y Francisco, Edith Stein,... todas miradas distintas y a la vez, confluyentes, porque todos respondieron según la palabra recibida a la única Palabra, Cristo Jesús.

M^a Antonia París es una de esas personas en cuya vida irrumpe Dios y como al profeta le pregunta: “¿qué ves?” (cf. *Jer 1, 11.13*). Desde entonces, no pudo volver a interpretar la realidad del mismo modo, ni como lo hacían la mayoría de sus contemporáneos. Rastrear su vida nos permite descubrir cómo su visión no nace de ella, sino de Dios, y de una gran libertad de espíritu para afrontar las consecuencias, pues “con cuanta claridad contemplo las obras del Señor, más descubro la ceguera de los hombres.”¹

Mujer sin rostro durante décadas; casi un siglo se ocultó su persona y su espíritu, como mujer y como fundadora: objeciones, intrigas, malas interpretaciones²... El Vaticano II nos invitó a volver a las fuentes de nuestros Fundadores y comenzamos a redescubrir la grandeza sencilla de esta mujer, la fascinante actualidad de su mensaje y el tesoro de la rica herencia de su espiritualidad.

Dicen los historiadores que lo que una persona es, nos lo dirá su historia. Como no podía ser de otro modo, la historia de M^a Antonia fluye entretejida con su experiencia de Dios. Primero, nos acercaremos a ella desde el ángulo del momento histórico que le tocó vivir. Después, lo haremos desde su particular relación con Dios.

I. MUJER ENRAIZADA EN LA HISTORIA

M^a Antonia París y Riera nació el 28 de junio de 1813 en Vallmoll, un pueblecito de Tarragona y murió el 17 de Enero de 1885, en Reus (Tarragona) donde actualmente se encuentra su sepulcro. Dos fechas que enmarcan el bullicioso s. XIX español, marcado por el resquebrajamiento de los pilares fundamentales del Antiguo Régimen en todos los ámbitos (político, social, cultural, religioso...) y el progresivo emerger de un orden nuevo que ya se había abierto paso en Europa. Todo un sistema de valores y creencias va perdiendo vigencia; Dios deja de ser necesario para explicar el mundo y los anhelos más profundos del hombre. Ya no se necesitan instancias que regulen cómo pensar, cómo actuar, qué es bueno y qué es malo... Una persona “menor de edad” ha llegado a la madurez y todo lo puede por sí misma: ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad...!

La Iglesia del s. XIX intenta sobrevivir en medio de este proceso de descristianización europea. La Razón Ilustrada propone y exige que cada uno tome las

¹ *Puntos para la Reforma* (PR) 53, en Escritos, Barcelona, 1985, p. 328.

² En este sentido, es indudable la importancia del estudio histórico realizado por J. Álvarez Gómez cmf., en *Historia de las RR de María Inmaculada Misioneras Claretianas*, Madrid 1980. Este mismo autor apunta algunas causas que explican el “pretendido silenciamiento” de la figura y obra de M^a Antonia París (cf. pp. 20-28).

riendas de su propia vida y de su propio pensamiento; pero, a la vez, pone bajo sospecha la Sagrada Escritura, la Experiencia Religiosa y a la Iglesia misma como institución. No hay razón para tolerar ningún tipo de privilegios, y lo que comenzó siendo un ideal de justicia se convirtió en una indiscriminada persecución religiosa: desamortizaciones, quema de conventos, exclaustros forzadas, prohibición de nuevas fundaciones e ingresos... Se estaba entrando en otra etapa de la historia, y la Iglesia, anclada en el anterior Régimen, no sabía cómo mantener su identidad y misión sin renunciar a sus ya caducas estructuras, privilegios y posesiones... Como en toda crisis y cambio impuesto desde fuera, fue inevitable el desconcierto, cierto gusto por anuncios apocalípticos y autodefenderse rechazando, de entrada, todo lo que sonara a “nuevo”, atrincherarse en lo ya conocido, en las posturas más conservadoras... Puede representar muy bien esta “esclerosis” eclesial la aparición del *Syllabus* (1864) y la condena oficial del Modernismo (1907).

Pero, como suele ocurrir cuando el Espíritu de Dios anda por medio, lo que en principio parecía un mal, acabó siendo un gran bien para la Iglesia. La historia, por sí misma, ayudó a purificar muchas cosas: desde algunas “dudosas motivaciones vocacionales” que poblaban los conventos -junto a tantos otros santos y santas, claro está- hasta el patrimonio eclesial peligrosamente acrecentado con el paso de los siglos.

¿En qué radica, entonces, la importancia de una mujer enclaustrada y desconocida para muchos, el valor y actualidad de su mensaje? No hay nada tan nuevo en M^a Antonia París, que no encontremos en tantos y tantos testigos anteriores y posteriores, los que han sido y serán “*amigos fuertes de Dios*”: **su fidelidad a la llamada de Dios y haber compartido los gozos y tristezas del mundo que les rodea.**

La iniciativa no fue suya, como hoy no es nuestra. Sin embargo, ayer y hoy, cuando las circunstancias no son fáciles, pide Dios personas que, ciertas de aquello en lo que ponen su vida, lo busquen con todo el corazón, con todas las fuerzas, con todo el alma: “... *tenía un corazón bien determinado en hacer su Santísima Voluntad*”³. Ese fue su secreto. Y su concreción, **fundar una Orden nueva en la práctica, anunciar el Evangelio a toda criatura y trabajar en la renovación de la Iglesia, cimentada en la pobreza.**

Pero, es necesario recorrer, aunque sea brevemente, los hitos más sobresalientes que fueron jalonando su vida, repartidos en tres grandes etapas:

Primera: Descubre su misión en la Iglesia:

- M^a Antonia ingresa en la Compañía de María en 1841, con 28 años. Relata cómo desde los 14 años, después de una misión predicada por los Franciscanos de Escornalbou (Tarragona), ya anidaba en su interior la vocación religiosa. Aunque con las mismas obligaciones de cualquier monja, vivió casi 10 años como postulante (la ley no permitía profesar). Fue el 10 de abril de 1850, cuando Isabel II autorizó el comienzo del noviciado, iniciándolo ese mismo mes.
- Desde 1842, M^a Antonia vive un complejo proceso de discernimiento y experiencia de Dios. Es lo que llamaremos “**experiencia inicial**”.
- Entre 1844 y 1850, tienen lugar los primeros contactos con Claret⁴.

³ Autobiografía (Aut.) 7, en *Escritos*, p. 59.

⁴ **Antonio M^a Claret y Clará:** nació en Sallent (Barcelona), el 23 de diciembre 1807, en el seno de una familia cristiana. Trabajando con éxito en el telar de su padre, escucha un día en una Iglesia aquellas palabras del Evangelio, “¿*De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?*” (Mt 16,26). Deja todo y es ordenado sacerdote en 1835. Recibió de la Santa Sede el título de Misionero Apostólico, ejercido con gran fruto en Cataluña y Canarias. En 1849 funda a los Misioneros Claretianos y en ese mismo año es nombrado Arzobispo de Santiago de Cuba, misión que realizó con profundo espíritu misionero y gran preocupación por la formación del clero. En 1857, estando M^a Antonia en la Isla y ya

Segunda: Fundación del Instituto en Cuba:

- Finalmente, M^a Antonia, en diálogo con sus confesores, ve claro que debe abandonar la Compañía de María. Lo hace el 27 de enero de 1851, junto a Florentina Sangler⁵, movida por su mismo espíritu.
- El 15 de Agosto, realizarán el llamado “**Voto de Tarragona**”, que da lugar al comienzo carismático del Instituto⁶. Tres jóvenes más se habían unido a ellas.
- Tres días después llegaba la carta de Claret escrita el 25 de Marzo anterior⁷, llamándolas a trabajar en la Isla. Se embarcarán en Barcelona el 22 de febrero de 1852 y llegarán, tras un accidentado viaje, el 26 de Mayo.
- El 27 de agosto de 1855, tras diversas dificultades, M^a Antonia París profesa como Fundadora de esta Nueva Orden en manos del P. Claret. En este momento tiene la experiencia del “peso” que Dios “carga” sobre ella de la Reforma de la Iglesia. El 3 de septiembre profesarían las demás hermanas.

Tercera: Vuelve a España.

- Se agudiza en M^a Antonia la vivencia sufrida de la Iglesia, unida al dolor de Cristo. Vivirá en sí misma y en el Instituto tantos males como se dan en la iglesia: sospechas, falta de transparencia, de fidelidad. Escribe los *Puntos para la Reforma de la Iglesia*.
- Tras la primera comunidad en Santiago de Cuba, nacen otras nuevas: Tremp (Lérida), Reus (Tarragona), Baracoa (Cuba), Carcagente (Valencia) y Vélez Rubio (Almería)
- Muere el 17 de enero de 1885. Sus últimas palabras cuando el confesor le pregunta si desea algo, son buen reflejo de su vida: “*nada más deseo ni quiero que a Nuestro Señor Jesucristo.*”⁸

1. PRIMERA ETAPA: “Todo lo vi en Cristo crucificado”

M^a Antonia tiene una profunda experiencia cristológica que llamamos “*Experiencia inicial*”. En ella, se da ya, condensadamente, lo que se irá configurando como su vocación y misión particular en la Iglesia. Algo así, como ocurre en las sinfonías o con el prelude de las bandas sonoras: una melodía concreta se nos da a

fundada la Congregación de Misioneras Claretianas, Claret es llamado a España como Confesor de Isabel II. Venciendo toda su resistencia interior, intentó aprovechar esta situación para predicar el Evangelio por toda España. Padre del Concilio Vaticano I, murió desterrado en Fontfroide (Francia) el 24 de octubre de 1870.

⁵ **Florentina Sangler Carderera**, nació en Mahón (Baleares) en 1815. Fue la primera compañera, amiga y más íntima confidente de M^a Antonia en los comienzos. Llega a Cuba con ella, donde muere por fiebre amarilla, el 22 de septiembre de 1852, sin ver aún fundado el Instituto. Su pérdida fue uno de los primeros sufrimientos para M^a Antonia y su recuerdo la acompañará ya siempre: “*La pena que inundó mi alma en esta tristísima ocasión sólo podrá comprenderla el que conozca la simpatía que sienten dos corazones que Dios une para sí con un mismo espíritu. El dolor que sentí fue igual al amor que le tenía, pues no era menos que el mismo amor que Dios compone, y la amaba como parte de mi alma. Así que sentí tanto dolor en esta triste separación como que se apartara mi alma del cuerpo!*” (Aut 180).

⁶ Similar al voto de unión y disponibilidad que Ignacio de Loyola y sus primeros compañeros realizaron en Montmartre.

⁷ Cf. Aut. 126, *Escritos*, pp. 114-115.

⁸ Cf. Testimonio de M. Gertrudis Barril en la “*Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis*” (Positio). Roma, 1987, p. 293.

conocer al principio y vuelve a sonar en los momentos centrales de la historia, hasta que a fuerza de sonar, deja grabado en nuestro interior la obra entera.

Aunque lo escribe catorce años después de que sucediera, los detalles con que narra esta experiencia manifiestan la profunda y duradera huella que le dejó, signo revelador de su autenticidad. Pero como todo don de Dios, no es fácil de expresar en lenguaje humano. Por eso, desde el punto de vista literario, es un texto⁹ difícil y algo “pesado”: frases explicativas sucesivas, repeticiones, sinonimias, paréntesis...

Tiene lugar en un **contexto** de oración, ofrecimiento y súplica:

“Estando una noche en oración rogando intensamente a Cristo crucificado que remediara las necesidades de la Santa Iglesia, que en aquella ocasión eran muchas, le ofrecí mi vida en sacrificio como otras veces había hecho,... pero como no tenía virtudes en mí para ofrecerle, le suplicaba se dignara enseñarme lo que había de hacer para darle gusto y gloria cumpliendo su santísima voluntad”

“Rogando... ofrecí... suplicaba”... Oración hecha con las actitudes propias del orante: sencillez y buena voluntad. Pero no es una petición cualquiera; se trata de **una opción de vida**.

En medio de este clima, comienza a percibir un fenómeno singular. Dios responde a su oración poniendo ante su vista la Ley Santa (el Evangelio) y los Consejos Evangélicos, *“...y me dijo quería los guardase con toda perfección y me dijo con grande pena que no tenía en su casa quien los guardare...”*

Aquí trastoca Dios la mirada y el corazón de M^a Antonia para siempre. Nunca más podrá ver en la Iglesia lo que antes veía; nunca más podrá vivirla sin sufrir el dolor que al mismo Jesús le causa tal situación: *“Llora, hija mía, los males de la Iglesia que tanto punzan mi corazón.”*

Los **grandes problemas que sufre la Iglesia vienen de fuera, pero surgen desde dentro**. Su reacción, entonces, fue el espanto, pues *“...siempre había creído que todas las personas que profesaban perfección, servían derechamente a Dios y por eso quería yo ser religiosa...”*

Progresivamente, va llegando **al grado más profundo de la experiencia**:

“Estaba yo muy atenta admirando lo que pasaba y me parecía iba leyendo la Ley Santa del Señor; pero sin ver libro, ni letras la veía escrita, y la entendía tan bien que parecía se imprimía en mi alma; pero de un modo muy particular el libro de los Santos Evangelios, que hasta entonces yo nunca había leído, ni tampoco la Sagrada Escritura, y después que por la gracia de Dios he leído alguna cosa, lo he visto escrito a la letra como entonces me lo enseñó Nuestro Señor desde el árbol de la Cruz, que de su Santísima boca me parecía salían las palabras que yo entendí.”

Es una experiencia singular que la marca para siempre: el autor es Cristo mismo, que desde la Cruz **graba el Evangelio en su corazón**, como tatuado a fuego, como el sello grabado en la novia del Cantar de los Cantares. En ella, es una experiencia vivida más allá de la sensibilidad, en el espíritu, *“sin imagen ninguna, sin libro, ni letras”*, imprimiéndose esta Ley nueva en el corazón, como profetizaron Jeremías y Ezequiel.

Vuelve a insistir en que lo que vio no fue una visión humana, sino una “voz”; el “ver” se transforma en “oír”. Pero tampoco es un decir humano, sino una “voz interior”, e insiste: *“en el fondo de mi alma”*. **Ver y oír**, palabras típicas del lenguaje bíblico de revelación, sobre todo en muchas de las vocaciones proféticas y apostólicas.

Así, toda su persona entra en juego: sentidos (ver-oír-palpar), inteligencia (entender) y afectividad (imprimir). Es ésta otra de las tónicas habituales en M^a Antonia:

⁹ Cf. Aut. 2-11, para toda esta parte. *Escritos*, pp. 56-61.

la **unidad interior**. Como persona, como mujer, sufre y goza, ora y escribe, siente, recuerda, desea y experimenta, sin divisiones ni parcelas interiores.

Y si al conocer lo que ocurría en la Iglesia siente espanto, al descubrir el camino para remediarlo (*guardar el Evangelio*), se siente “*en un mar de confusión... porque... no se guardaba lo que yo acababa de leer en aquel sagrado libro...*”

Por eso, suplica de nuevo: “*Señor y Dios mío, si vos no me decís en qué orden religiosa me queréis, para cumplir lo que me mandáis, yo no sé como será esto.*” Palabras que recuerdan a las de María en la Anunciación y, que como en ella, no nacen de la desconfianza, sino del deseo de conocer el querer de Dios, porque “*...de todos modos quería ser religiosa...*”, aunque no sepa cómo, ni dónde.

Entonces, vuelve a preguntar: “*...¿por ventura queréis Señor mío y Dios mío una cosa nueva? (aquí yo no sabía lo que me preguntaba).*” Siente que ya no es dueña plenamente de sí, porque otra palabra la habita, como experimentaban los profetas. “*Y si bien la pregunta parecía indiscreta, no la tomó a mal (Cristo), pues que no nacía de curiosidad, ni menos de desconfianza, sino de un corazón bien determinado*”. Sin duda, esta determinación, que la acompañó toda su vida, aún cuando ante los demás pareciera terca o intransigente, es puro don de Dios en ella: “*Esta voluntad me ha dado Nuestro Señor, que en conociendo el querer de Dios, ninguna dificultad se me ofrece*”

Finalmente, “*...así me dijo Nuestro Señor con mucho agrado: Sí, hija mía, una Orden Nueva quiero, pero no nueva en la doctrina, sino nueva en la práctica. Y me dio la traza de toda la Orden.*”

Vemos la línea ascendente que lleva la experiencia: ha descubierto la necesidad de vivir el Evangelio como norma de vida, ha descubierto que no se vive en la Iglesia ni en la Vida Religiosa y así descubre su vocación de Fundadora: vivir ella el Evangelio junto a otras personas en una Orden Nueva en la práctica, anunciándolo hasta morir, “*con especial amor a la pobreza evangélica, fundamento de nuevos apóstoles*”.

El panorama que se le abre con esta experiencia es amplio, pero no va a estar sola, San Antonio M^a Claret le ayudará, aunque él, aún no lo sabe. El primer conocimiento que M^a Antonia tuvo de Claret fue en la oración, dos o tres años después de la Experiencia Inicial, hacia 1844. Pidiendo a Dios que tuviera compasión de las necesidades de la Iglesia, el Señor la hizo **ver** y **oír**: “*Este es aquel hombre apostólico que con tantas lágrimas, por tantos años me has pedido.*”¹⁰ Como ocurre en los relatos vocacionales bíblicos, Claret es el “signo” que se da a M^a Antonia de que aquello que se le pide se llevará a cabo. Y no fue algo puntual, sino que el tiempo y nuevas experiencias lo fueron confirmando: “*Nuestro Señor me dijo: el P. Claret te dará la mano para formar las primeras casas de la Orden, y después me añadió que éste mismo Padre sería el que más me daría que sufrir.*”¹¹

Aún no se conocían personalmente. Tan solo había llegado al convento la incipiente fama de éste misionero por toda Cataluña. M^a Antonia le verá por primera vez en 1847, con ocasión de la Misión que predicó en Tarragona, aunque no parece que llegaran a hablar. Habrá que esperar a enero de 1850, cuando Claret vuelve a Tarragona y el **Dr Caixal**,¹² confesor de M^a Antonia, le insiste en la necesidad de visitarla, pues ya era inminente la salida de la Compañía de María. De hecho, anteriormente, Caixal le

¹⁰ Aut. 19. *Escritos*, p. 65.

¹¹ Aut. 36-37. *Escritos*, p. 74.

¹² **Dr. José Antonio Ramón Caixal y Estradé**: Nació en Vilosell (Lérida) el 9 de julio de 1803. En 1833 fue nombrado canónigo de la catedral de Tarragona, y sufre el destierro dos años después, debido a sus tendencias políticas. En 1846 regresa y es nombrado Obispo de la diócesis de Urgel. Años más tarde y ya hasta morir desterrado en 1879, se verá envuelto en diversas circunstancias políticas y personales que le acarrearán mucho sufrimiento y serias dificultades en sus relaciones con los demás. Entre otros, con M^a Antonia.

había pedido que escribiera su experiencia respecto a la fundación de la Orden nueva (Experiencia Inicial) para mandársela a Claret. Éste, ocupado en otros asuntos, no dio ninguna respuesta.

Cuando finalmente pueden encontrarse, Claret dijo a M^a Antonia que “...no dudara, que así se haría... que ya estaba madura la fruta, pero que todavía no estaba en sazón... ahora yo ya sé que usted está aquí.”¹³ Y así fue; al mes de pisar tierras cubanas como Arzobispo, ve la necesidad formativa de la niñez y juventud y en particular, de la mujer, y las llama. Pero mientras tanto, la única respuesta que obtuvo M^a Antonia fue el silencio. Por eso dice: “Yo en esta respuesta nada me contenté, antes me quejé... pero Dios Nuestro Señor que nunca ha querido que pusiera mi confianza en los hombres sino en su Providencia, permitió que tampoco me contestara y se partiera de España dejándome en un mar de confusión, sin determinar nada.”¹⁴

Es esta una forma de actuar muy habitual en M^a Antonia: cuando una empresa es de Dios, hace todo lo que está en su mano para llevarla a término; pero cuando otros parecen resistirse o no la secundan, no la impone ni la fuerza. Ella sabe que será el Señor mismo quien mueva a aquellos que dificultan su acción: “así me quedé en mi convento... y él (se refiere a Claret) siguiendo sus misiones tal vez sin acordarse más de mí, hasta que se cumplió el tiempo que Dios tenía determinado, para trasladarnos a este nuevo mundo, en donde quería empezar su Obra... Así ha sucedido en esta fundación; que sin querer el Arzobispo entender en esto ni en aquello, ha entendido en todo, por impulso divino...”¹⁵

El progresivo conocimiento y la gran afinidad espiritual que se da entre ellos, posibilitará, poco a poco, una sincera amistad, un mutuo “acompañamiento” que se manifiesta con mucha amplitud en sus cartas. El tiempo que pasaron juntos en Cuba fue especialmente rico en este sentido. Dos temperamentos fuertes y firmes, que sin ellos proponérselo, fueron unidos por Dios para un mismo proyecto.

2. SEGUNDA ETAPA: “Una Orden nueva quiero”

Tras tantos años de espera, y en medio de todo este proceso interior, llega el permiso Real para profesar en la Compañía de María. ¿Qué debe hacer? La duda y la oscuridad la envuelven. En la Autobiografía¹⁶ expresa sus dudas interiores, sus angustias, el temor de equivocarse... El discernimiento fue largo y doloroso, pero, finalmente, y en diálogo con su confesor, decide abandonar el convento. Le acompaña Florentina Sangler, movida interiormente para seguir a M^a Antonia en esta nueva Orden.

A la incertidumbre propia de cualquier decisión vital, se añadía en M^a Antonia el sufrimiento por el daño que pudiera causar en el convento, “mi primer cielo”, como ella lo llama. Al recordarlo muchos años después, no escatima emotivas expresiones de cariño para las monjas con quienes convivió aquellos años. Es uno de los rasgos que expresan su gran capacidad afectiva, tanto para sentir como para expresar su afecto sin tapujos ni escrúpulos, algo no tan común en una mujer de su época.

A pesar de las muchas recomendaciones que les dieron para que se alejaran de Tarragona, dieron prueba de una gran libertad de espíritu, pues “yo no cometía ningún

¹³ Aut. 61. *Escritos*, p. 85.

¹⁴ Aut. 97-98. *Escritos* pp. 102-103.

¹⁵ Aut. 62. 218. *Escritos*, p. 86. 149.

¹⁶ Cf. Aut. 94-107. *Escritos*, pp. 101-108.

crimen en salir del convento”¹⁷, dice M^a Antonia. El revuelo que se formó fue enorme, “*desde el Arzobispo hasta el más ínfimo... y era para divertir ver personas tan graves ocupadas con tanto empeño en dos hormiguillas...*”¹⁸ Ciertamente, nunca tuvo inconveniente en afrontar las consecuencias de sus decisiones, pues “... *el amor a vuestra santísima voluntad me rinde a todo sacrificio*”¹⁹

Florentina y M^a Antonia fueron acogidas por la familia de D. Pablo Bofarull, penitenciario de la catedral, y allí permanecieron por un año, esperando noticias de Claret. De las muchas jóvenes que se acercaron para unirse a ellas, las motivaciones eran muy variadas; de hecho, sólo admitieron a tres, convencidas de su vocación.

El **voto** realizado el **15 de Agosto de 1851** es el comienzo de aquella Orden Nueva que años atrás el Señor le había pedido y contiene su más íntima esencia: **la consagración religiosa, la unidad y la misión**. “*Reuní a las jóvenes que había admitido, ofreciéndonos a Dios con voto de **atravesar los mares e ir a cualquier parte del mundo sin hacer división entre nosotras, todo por amor de Nuestro Señor Jesucristo...***”²⁰

El 18 de agosto recibían la carta que Claret envió el 25 de marzo anterior llamándolas a Cuba, “*y nos prometía su protección, cierto de que cuanto hiciéramos sería del agrado de Dios.*”²¹

Así, se embarcaron hacia “el Nuevo Mundo”, en una travesía nada fácil para cinco mujeres solas; fue un riesgo que M^a Antonia afrontó con valentía, pues “*por más dificultades que presentaba **un viaje tan espantoso para una mujer nada me arredró, fiada siempre con la gracia de Dios que todo lo puede.***”²² Además de la incomodidad propia del barco, hubo problemas con la tripulación, una gran avería que les obligó a permanecer por un mes en Lanzarote, y aún así, en ella todo es leído como una nueva posibilidad para ahondar su confianza en Dios. Todos estos acontecimientos nos hablan de una mujer de temple, que discierne y vive su fidelidad con madurez en el día a día hasta en los más pequeños detalles. No se detiene ante los riesgos, se lanza mar adentro, se siente arropada por Dios, “*porque ya perdida la tierra de vista, sólo me quedaba la esperanza en Dios... **Cuanto más nos internábamos en aquel mar inmenso de aguas, más se internaba mi espíritu en el mar inmenso de Dios...***”²³

Una vez en Cuba, no iba a ser fácil conseguir la aprobación del nuevo Instituto en esta época anticlerical de la segunda mitad del s XIX. A pesar de haberse firmado ya el Concordato de 1851 entre Pío IX e Isabel II, no se preveía la fundación de nuevos institutos femeninos ni se aceptaba fácilmente la expansión de los ya existentes.

Sin embargo, la mayor dificultad va a llegar de la Iglesia misma. M^a Antonia tenía claro lo que el Señor quería del Instituto, aunque pareciera adelantarse a su tiempo: Religiosas con votos, con la misión de anunciar el Evangelio, vivir en pobreza radical, compartir los bienes entre todas las comunidades y una “*Madre primera*” -las actuales superiores generales- signo de comunión entre todas. Pero esto no cabía en el Derecho Canónico de entonces. La única forma de ser religiosa era ser monja de clausura, enclaustrada, en conventos independientes, con rentas y dotes y sin posibilidad de relación e intercambio entre los conventos.

¹⁷ Aut. 113. *Escritos*, p. 110.

¹⁸ Aut. 119. *Escritos*, p. 112.

¹⁹ Aut. 106. *Escritos*, p. 107.

²⁰ Aut. 121. *Escritos*, p. 112.

²¹ Aut. 126. *Escritos*, p. 115.

²² Aut. 127. *Escritos*, p. 115.

²³ Aut. 158-159. *Escritos*, p. 127.

Pero no se amilanó y siguió luchando. Fue un tiempo de profunda vivencia cristológica; tiempo para creer más allá de las evidencias, y así, repite frecuentemente con S. Pablo que en Dios hay que *“esperar contra toda esperanza.”* Siguió adelante sin imponerse nunca por la fuerza o por encima de la obediencia que tanto estimaba. Por eso, cuando ve que el Provisor de Cuba pretende solucionar los problemas modificando puntos que ella consideraba irrenunciables, hace saber a Claret, *“... que mi único móvil en venir a esta tierra, había sido el dar cumplimiento a la divina voluntad... y así, que sin ningún respeto humano dijera si... le parecía voluntad de Dios volvernos a España, que lo dijera con toda franqueza, que el mismo espíritu que me había traído, me volvería a mi Patria.”*²⁴

El 25 de agosto de 1855, Claret firma el Acta de erección del Nuevo Instituto y junto a él M^a Antonia profesa el 27 del mismo mes. Unos días más tarde, el 3 de septiembre, lo harían el resto de las hermanas. Nuevamente, vive una experiencia singular que marcará toda su vida. Dios la hizo sentir, físicamente, el “peso” que supone vivir y sufrir con la Iglesia, en la Iglesia, por la Iglesia: *“...Al ponerme la corona sentí un peso tan extraordinario en la cabeza que me la hacía inclinar y naturalmente pesaba muy poco por ser de flores muy finas... Me dijo Nuestro Señor: Este es hija mía el peso que carga sobre ti de la Reformación de mi Iglesia”*²⁵

La fundación se realiza conforme al Derecho vigente: tienen que ser conventos de clausura, pero consiguen no tener rentas y mantener la misión. Claret expresaba así a M^a Antonia esta particularidad: *“...sé muy bien lo que está mandado por los cánones de la Iglesia y las leyes del Reino,... mas lo que pasa en nosotros es un caso excepcional y lo probaré con dos sencillas razones...”*²⁶

La misión será, inicialmente, la educación y los Ejercicios Espirituales, pero siempre bajo el amplio horizonte de *“trabajar hasta morir en enseñar a toda criatura la Ley Santa del Señor... haciendo fácil a los otros este mismo camino con las armas de la justicia y ejemplo...”*²⁷

Tanto para Claret como para M^a Antonia, la formación integral de la niñez y juventud era fundamental. Las primeras hermanas propusieron un proyecto educativo que en gran medida, se adelantaba a los programas y métodos que el Estado ofrecía a la sociedad de su tiempo.

En las primeras Constituciones (1848) M^a Antonia dedica todo un tratado a este tema²⁸. Su pedagogía es la del amor. Llama la atención cómo se repiten, a lo largo del texto, palabras como caridad, cariño, dulzura... Cuida detalles a primera vista tan insignificantes como sugerir que en la entrada de las clases esté escrito: *“Dejad que los niños se acerquen a mí”* pues así, Jesús nos hace entender *“cuánto importa la instrucción de los párvulos y con cuánto celo y cariño habrán de imprimir en sus tiernos corazones los preceptos de la Ley Santa del Señor.”*

Como las leyes no permitían que en las mismas clases estuvieran niñas blancas y de color, organizaron un horario paralelo para que éstas también pudieran recibir la misma educación.

Tanto **las educadoras** como **los padres** deben enseñar no sólo con la palabra, sino con el ejemplo de su propia vida los valores evangélicos, intentando *“plantar y grabar en (su) corazón un tierno y fino amor de Dios y del prójimo...”* Quieren **implicar a todos** los miembros que formaban lo que hoy llamamos “comunidad educativa”, pues

²⁴ Aut. 177. *Escritos*, p. 134.

²⁵ *Relación a Caixal 9 (RC)*. *Escritos*, p. 172.

²⁶ Carta de Claret a M^a Antonia el 30-I-1862, *Epistolario Claretiano (EC)*, II. pp. 440-441.

²⁷ Blanco y Fin, Introducción a las Constituciones de 1848. *Escritos*, p. 383-385.

²⁸ Constituciones de 1848, cap. 1-8. *Escritos*, pp. 545-562.

“de estos buenos principios nace el bienestar, la paz y tranquilidad de las familias, la felicidad verdadera de la sociedad y el bien universal de la Iglesia; porque es cierto que todos los males que tanto oprimen son fruto de la mala formación que se da a los niños.” Por eso insisten en cuidar la relación con **la familia**, para así poder acompañar el crecimiento humano y cristiano de los niños y jóvenes. Una visión de plena actualidad.

Es importante comprobar cómo la tarea educativa no se asume por ser del gusto personal de M^a Antonia. Ella misma lo expresa al definirse en el “Libro de Personal”, donde recogían los rasgos y aptitudes de cada hermana: “*inclinación a la enseñanza en grado medio.*”²⁹ Tampoco se asume la educación porque la Orden Nueva que Dios suscita en ella debiera tener este fin exclusivo. Simplemente, M^a Antonia, atenta a la realidad cubana y a sus necesidades, encuentra que es la tarea más urgente y necesaria en ese momento; además, de las pocas actividades apostólicas realizables por religiosas en este momento.

Otra forma de apostolado con la que se adelantó a su época es la de los **Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola** impartidos por las religiosas. A ello dedicó todo el capítulo 11 de las Constituciones³⁰.

Es una labor evangelizadora querida también por Claret como un gran medio para anunciar el Evangelio, pues había observado “*que producen un fruto más sólido y duradero que las misiones.*”³¹ Posiblemente de él naciera la idea de que las hermanas asumieran este trabajo, y de acuerdo con M^a Antonia se asumió con prontitud y gusto.

Ella prevé toda serie de detalles. La superiora debe designar a una hermana, que cumpla los requisitos de madurez humana y actitudes cristianas necesarias para llevar a cabo esta tarea. Quedará libre de cualquier otro trabajo, “*porque la eficacia de los Ejercicios muchas veces depende de la virtud, celo, aplicación y prudencia de quien los da.*” Así, debe mirar a todas las ejercitantes como personas que Dios ha puesto en sus manos para que se aprovechen de sus consejos y les ayude para su vida. Debe animar, motivar, dar pautas para facilitar la interiorización, el examen de las mociones espirituales e inculcar sobre todo el amor de Dios y del prójimo.

Además, insiste en hacer una adecuada selección de las ejercitantes para que no se desvirtúe el objetivo de estos días y el clima ayude realmente a conseguir tales fines.

3. TERCERA ETAPA: “Carga sobre ti, hija mía, el peso de la Reformación de mi Iglesia..”

Esta es la etapa más larga y de mayor prueba, por lo que merece la pena detenerse algo más. Destacaremos dos vivencias fundamentales: una, poner por escrito los “*Puntos para la Reforma*” y otra, los últimos años de su vida marcados por incomprensiones, distanciamientos personales y divisiones internas en algunos de los conventos fundados. Los mayores sufrimientos vendrán ahora.

Puntos para la Reforma de la Iglesia.

Como hemos visto, la Congregación no nace en un primer momento, para dar respuesta a cualquiera de los muchos retos sociales de la época -algo muy frecuente en otras Familias religiosas del siglo XIX-, sino a la situación eclesial.

²⁹ Citado por R. Gómez Manzano, *La personalidad psicológica de M^a Antonia París*, p. 155.

³⁰ Cf. Constituciones de 1848. *Escritos*, pp. 607-614.

³¹ Claret, *Autobiografía*, n. 309.

Ya en Cuba, entre 1854 y 1855, M^a Antonia recibió múltiples luces sobre la Reforma de la Iglesia; éstas vendrían confirmadas de un modo especial cuando en su profesión religiosa experimente como don divino y como misión “*cargar el peso de la Iglesia*”. Como siempre, en continuidad con la Experiencia Inicial de 1842.

El P. **Paladio Curríus**,³² su confesor entonces, le pide que ponga todo esto por escrito y, así, hacérselo llegar a Claret. Tanto M^a Antonia como Curríus veían en el Arzobispo no sólo un hombre privilegiado para llevar a cabo esta Reformación eclesial, sino, sobre todo, alguien que con su vida ya estaba haciéndola realidad.

Este es el escrito más antiguo que conservamos de ella, pues los primeros apuntes de las Constituciones no nos han llegado. Comenzó a escribirlo el 1 de noviembre de 1855 y lo terminó el día de la Inmaculada del mismo año.

Si M^a Antonia a lo largo de su vida fue reticente para escribir sus vivencias o inspiraciones, en este momento sufre un especial desasosiego, que sólo una nueva experiencia de intimidad con Dios pudo serenar: “*Yo no quería proseguir porque me da mucha pena el hablar de cosas que no entiendo, y me parece que es cosa para reír ver a una pobre criatura ignorante metida en unos puntos tan delicados y de tanta importancia: pero hoy mismo, me ha reprendido Dios mandándome fuertemente que escriba con sencillez todo lo que me da a conocer, sin pararme en nada; porque, ¿qué tienes tú, me dijo, en lo que Yo hago? Entiende que cuanto más incapaz es el instrumento que pule una pieza desconcertada, tanto más descubre la sabiduría del maestro que lo rige.*”³³

Quizá hoy, pasado el Vaticano II, hablar dentro o fuera de la Iglesia de “reforma”, “renovación”, “refundación”... no suena especialmente extraño, pero en tiempos de M^a Antonia, estas palabras evocaban un profundo sabor protestante, con las connotaciones que Lutero tenía entre los católicos. Recordemos que en este momento predomina una forma de entender la Iglesia como “*societas perfecta*”, como un cuerpo fuera de toda evolución histórica, ajena a toda necesidad de cambio. En estas circunstancias, hablar de renovación o “Reforma” era un riesgo que M^a Antonia asumió conscientemente: “*...confieso haber hablado palabras dignas de toda reprensión, y que probarían grandísimo desvarío si Dios Nuestro Señor, por sus justos juicios no me lo hubiera mandado, obligándome a tan penoso sacrificio la fuerza de la Santa Obediencia.*”³⁴ Riesgo, que por otro lado, muchos otros asumieron en su día, como por ejemplo, A. Rosmini, con *Delle cinque piaghe della Santa Chiesa*, introducido en el índice de libros prohibidos.

Los “Puntos para la Reforma” afectan a todos los miembros de la Iglesia, pero M^a Antonia cree que debe ser el Papa quien tome la iniciativa. Junto a él, los obispos, sacerdotes y religiosos/as tienen una mayor responsabilidad en esta renovación, puesto que también es mayor su peso en la decadencia eclesial. Ella insiste en que no habrá reforma posible si cada cual no es fiel personalmente, y esto afecta a todo estado y condición, “*.. porque Dios Nuestro Señor todos los tiempos tiene presentes y no nos ha dado más que un Santo Evangelio. Hemos dicho que nadie se excuse. La Ley Santa del Señor es una y la manda predicar igualmente en todo el mundo sin excepción de*

³² El P. **Paladio Curríus** había nacido en Ridaura (Gerona) en 1816. Fue colaborador de Claret, tanto en la misión de Cuba como al ser nombrado Confesor de la Reina. Mantuvo una estrecha relación con los Claretianos, aunque nunca perteneció a la Congregación. De hecho, pasó los últimos años de su vida asistido por ellos. Murió en 1903.

³³ Aut. 43. *Escritos*, p. 324.

³⁴ PR 75. *Escritos*, p. 337.

personas, reinos ni provincias. Luego en todas partes y personas está su gracia pronta para cumplirla. ³⁵

En este momento era complicado que la jerarquía eclesial aceptara una propuesta así. Primero, porque nacía de una experiencia de Dios vivida por M^a Antonia en la que se la hacía ver la realidad de un modo que no todos podían ver. Segundo, porque viene de una mujer y además, religiosa. Tercero, porque una buena parte de esta Reforma hubiera modificado sustancialmente la vida y costumbres del clero y de los religiosos/as de haberse llevado a cabo. Aunque, *"no pide nada nuevo Nuestro Señor en su Iglesia, sólo sí nos pide a todos, lo que le hemos prometido: la guarda de su Santísima Ley."* ³⁶

Dos palabras podrían resumir esta llamada de Dios en ella, que no se limita a escribir un Proyecto de Reforma de la Iglesia, ni siquiera a fundar un nuevo Instituto, sino que configuran toda su vida y su forma de relacionarse:

Una es **Evangelio**, o como ella gusta decir, "**Ley Santa de Dios**". Nos remite a Jesús mismo, a esa "autenticidad apostólica" de los orígenes que ella echa de menos en la Iglesia y a la vez, nos urge a predicarlo a toda criatura. Pues, *"está tan ciego todo el mundo, que sin la luz del Evangelio en la mano es imposible curar su ceguera. Fíjense que los primitivos cristianos eran de la misma y peor condición que los de ahora, ¿y cuál fue la causa que en sus principios floreció tanto la Iglesia de Dios, siendo tan pocos? Porque predicaban con el Evangelio en la mano, más que en la boca; así me lo dijo (Dios) queriendo significar que las obras dan el espíritu a la voz."* ³⁷

La otra palabra sería, sin duda, **pobreza**. Otra constante que atraviesa su vida y su experiencia de Dios, desde la Experiencia Inicial *"... porque me dijo Nuestro Señor que la Santa Pobreza había de ser el fundamento de sus nuevos Apóstoles y que por la falta de esta santa virtud ha venido a tierra toda la religión."* ³⁸

En M^a Antonia, no hay fidelidad posible al Evangelio sin esta renovada pobreza evangélica, ni pobreza válida que no nazca de Cristo. No se trata de una pobreza dura o intransigente, como deja claro al hablar de las "excepciones" que se deben hacer ante las diversas necesidades de cada hermana. Más bien es disfrutar de la progresiva libertad interior y exterior que da el necesitar cada vez menos cosas, porque se tiene puesto el corazón en Dios: *"Por esto no quiere Nuestro Señor que tengamos rentas ni posesiones porque Él quiere ser nuestra posesión y herencia"* ³⁹

Por tanto, la vivencia radical del Evangelio y la pobreza son, en M^a Antonia, dos caras de una misma realidad: camino y consecuencia del encuentro íntimo con Cristo. Es una forma de vivir, y por eso no puede limitarse a un talante interior, a una pobreza "de espíritu" -que, sin duda, también Dios va forjando-; tiene que notarse hasta en los detalles más insignificantes, en la forma de vestir, de cocinar o de distribuir el tiempo, por ejemplo. Que una monja de mediados del s XIX escribiera sobre cuestiones tan concretas **dirigiéndose a todos los estados eclesiales**, no era de esperar que fuera acogido con alegría y prontitud.

Respecto a **obispos y sacerdotes**, pide una mayor entrega a su ministerio, particularmente desde la predicación, una mayor cercanía al pueblo, pobreza efectiva y vida en común:

-Deben los señores obispos, después de reformar su persona y familia, ocuparse de lleno en repartir el pan de la Divina Palabra..., porque no se predica como se debe. (PR 20).

³⁵ PR 8. 13. *Escritos*, pp. 311-312.

³⁶ PR 12. *Escritos*, p. 312.

³⁷ PR 41. *Escritos*, p. 323.

³⁸ Aut. 11. *Escritos*, p. 61.

³⁹ PR 68. *Escritos*, p. 334.

-En el seminario,... si alguno diere muestra de que más bien desea ordenarse por su bienestar o para ayudar a su familia que para la gloria de Dios, no deberá ser ordenado. (PR 22).

-Que el Pastor reúna a lo menos una vez al mes al clero todo; diríjales la Palabra... visíteles alguna vez en sus casas como un padre visita a su hijo y corríjales amorosamente. (PR 23. 35.).

-Todas las rentas de todos son de los pobres... No miren esto los Señores Obispos como niñería, y atiendan que si niñería fuera el ser pobre, no habría Nuestro Señor escogido el nacer y vivir toda su vida en casa pobre... Podrán los Obispos avisar a algunos Párrocos que preciándose de espíritus nobles, si no pueden gastar con aquella pompa y fausto según el estilo del día, lo abandonan diciendo que es imposible guardar aliño sin rentas. ¡Cuánto más buen ejemplo darían a los seglares que fueran pidiendo limosna para un modesto aliño! (PR 18. 29).

A **religiosos y religiosas** les pide una renovada fidelidad a los consejos evangélicos y a los fundadores de cada Instituto (como después insistió el decreto *Perfectae Caritatis* del Concilio Vaticano II), pobreza efectiva y vida de oración consistente:

-Por eso, sin la oración cotidiana, todo trabajo será nada o como polvo echado al viento. Interesa mucho que las monjas sean santas, y no monjas de conveniencia... Porque la mayor parte de las personas consagradas se pierden por ignorancia, no entienden el sentido de las Escrituras, y se persuaden que viviendo una vida algo retirada, más en lo exterior que en lo interior, junto con algo de mortificación y oración, viven contentos y engañados (PR 45.46).

-La pobreza debe ser el fundamento... por aquí ha abierto portillo el demonio para todos los males que está sufriendo la Iglesia. Los que por su profesión están obligados a guardarla no conocen su valor! Miren las relajaciones que el espíritu mundano se ha apadrinado diciendo que la pobreza no consiste en no tener bienes o riquezas o cualesquiera otra cosa, sino en tener el corazón desprendido de ello... Dice el Señor que si atienden a aquellas palabras: dichosos los pobres de espíritu..., que atiendan a las palabras que contesta al joven... Atiendan que no le dijo desprende tu corazón de las riquezas y sígueme, sino: vende tus riquezas o bienes, dadas a los pobres y sígueme" (PR 49).

-(Entre los religiosos), el demonio tan astuto como sagaz, sabe bien que ningún lazo es tan fuerte y al mismo tiempo sirve para coger la perfección como hacerles beber una piedad mal entendida cubierta de un celo tan puro como pestífero. (PR 53).

M^a Antonia, como todos los que intentan abrir caminos nuevos, no fue comprendida. Pero también la historia nos muestra que, cuando el impulso nace del Espíritu, acaba encontrando un resquicio por donde entrar, aunque sea germinalmente. Sólo hay que esperar a que nuestras estructuras y nuestro tiempo –que no siempre es el de Dios- estén preparados para acogerlo y vivirlo.

Claret era consciente del poco futuro que los “*Puntos para la Reforma*” tendrían en este momento, tal como M^a Antonia los redactó. La radicalidad del lenguaje y del contenido y su poca experiencia “diplomática”, condenaban el proyecto de renovación eclesial al olvido.

En este momento, Claret acaba de ser nombrado Confesor Real, y por tanto, muy a su pesar, debe volver a España, a la Corte, donde se sentía atrapado “*como un perro a la cadena.*”⁴⁰ Durante su viaje en barco, redactó él mismo los “*Apuntes de un Plan para restaurar la hermosura de la Iglesia*”; puesto que lo sustancial de la Reforma eclesial

⁴⁰ Se lo decía a D. Carmelo Sala, *Proceso Informativo de Tarragona*, ses. 3.

que M^a Antonia había recibido en la oración, era compartido por Claret, éste intentó valerse de su credibilidad como arzobispo y de su habilidad personal para tratar asuntos eclesiásticos, para “suavizar” de algún modo el texto de M^a Antonia. Así, esperaban alcanzar los frutos de renovación que ambos deseaban:

*“Las dos libretas de la Reforma general –se refiere a los Puntos para la Reforma de M^a Antonia- están en mi poder; además durante la navegación he escrito un Plan de Reforma que con la gracia de Dios ha de producir los buenos resultados que necesitamos...”*⁴¹ *“...quizá Dios ha dispuesto mi venida a la Península para plantar el gran proyecto de moralidad para los eclesiásticos... que ya en Cuba empezamos con M^a Antonia...”*⁴²

Sabemos que el Papa, Pío IX, llegó a leer los Puntos que le fueron entregados por medio de Curríus; su única respuesta fue que por ahora, no daría el resultado que esperaban. Años después, preparando el Concilio Vaticano I, Pío IX hablará de la necesidad de **renovar la vida religiosa y el clero**, con expresiones muy cercanas a las de M^a Antonia, aunque el espíritu de la Reforma que ella pedía se reflejará en mucha mayor medida en el Vaticano II.

En este contexto, cobra todo su sentido la Orden Nueva fundada, como una de las “herramientas” que Dios quiere suscitar para llevar a cabo la renovación, puesto que eclesialmente, y tal como M^a Antonia había ideado, no iba a ser llevado a cabo. Otra vía importante será el mismo Claret, con su particular modo de entender el episcopado, viviendo en comunidad con un equipo evangelizador y en continua itinerancia misionera. Y, por supuesto, lo más importante: que **cada uno de los que la formamos la Iglesia** recuperemos *“el primitivo fervor de los primeros cristianos”*⁴³.

En realidad, todos los movimientos de renovación han bebido de estas fuentes: **pobreza y evangelio para vivir con Cristo y como Él, centralidad de la Palabra de Dios y su predicación e insistencia en la vida en común**. Es una experiencia que a lo largo de la historia de la Iglesia se ha ido repitiendo en diversas formas, desde los primeros siglos, en que los cristianos perseguidos necesitan buscar un por qué al sufrimiento, hasta el inicio del Monacato, los movimientos apostólicos laicos de renovación en la Edad Media o las fraternidades.

Es significativo, por ejemplo, ver cómo, ya en el s III, en medio de la primera persecución masiva bajo el emperador Decio, hay una voz, que deja de responsabilizar a los “enemigos externos” por la situación que sufre la iglesia. **San Cipriano, obispo de Cartago**, cuando los cristianos son diezmados, no sólo por la muerte martirial, sino también por la apostasía, descubre que para hacer frente a los males de la Iglesia debe “cambiar” su mirada. A pesar de la diferente situación vital y geográfica, vive una experiencia muy similar a M^a Antonia, y curiosamente apunta como **principales causas**: la falta de pobreza material, haber olvidado las exigencias evangélicas de los inicios, el descuido de Obispos y Pastores en su ministerio y la falta de tensión espiritual en cada uno de los cristianos. Las mismas causas que el Espíritu hizo ver y anunciar a M^a Antonia siglos después. Cuando ciertos puntos se repiten de tal modo en la historia, quizá deberíamos prestar más atención...

⁴¹ Carta a Curríus, 5-VI-1857. EC I, pp. 1346.

⁴² Carta a Caixal, 13-V-1857. EC I, pp. 1340-1341.

⁴³ PR 81. *Escritos*, p. 339.

Mujer de Iglesia y para la Iglesia... a pesar de todo.

Ni la situación lamentable en que M^a Antonia ve a la Iglesia, ni el saberse escogida por Dios *para hacerse cargo de sus males*,⁴⁴ ni ninguna de las injurias y menosprecios recibidos, consiguieron que esta mujer fuerte y enormemente sensible, se alejara un ápice de la obediencia y el amor a la Iglesia. Muestras de ello son, por ejemplo, el 5º voto de obediencia al Papa, que dejó plasmado en las Constituciones de 1848, su humildad para acatar serenamente la negativa de Pío IX sobre la puesta en marcha del Plan de Reforma de la Iglesia, o el dolor que le causaron siempre las heridas de este Cuerpo eclesial, como si de ella misma se tratara.

Y no le fue fácil vivir como mujer en medio de esta Iglesia del s. XIX. Tuvo que relacionarse con hombres destacados del momento, como Antonio M^a Claret, José Caixal, José M^a Orberá, Salvador Casañas, Ciriaco Sancha, Silvestre Rongier... Pero especialmente significativas fueron las relaciones con Claret, con Curríus y con Caixal; tan intensas e influyentes como dolorosas. La principal razón fue tener distintos puntos de vista sobre el Instituto, y más aún, que habiendo discrepancias entre ellos, M^a Antonia se mantuviera serenamente firme en aquellas disposiciones que creyó mejores para llevar adelante la obra comenzada. Cuando tuvo que elegir, el criterio estaba claro: prevalece el querer de Dios, su propia autonomía y la del Instituto. Pero, sin duda, también influyó la visión que ellos tenían de la mujer y de las religiosas.

No pocas veces, M^a Antonia vivió en conflicto sus propios afectos -que en ningún momento oculta- su marcado sentido de la obediencia y el deseo de ser fiel a ella misma y a Dios: "**Callar no puedo, y hablar es temeridad. Supuesto, pues Dios mío, que vos me lo mandáis, hablaré...**"⁴⁵

Bien sabía ella, que "*por ser mujer ignorante, no entiendo si no aquello que simplemente he leído en el Sagrado Evangelio...*"⁴⁶ Y por ello, como tantas otras mujeres a lo largo de la historia, no pudo dejar de anunciar y de-nunciar lo que se le daba a conocer: "**Si yo fuere persona de autoridad me parece que en esta hora no podría contener la pluma para escribir a todos los Padres y Pastores de la Iglesia comunicándoles aquel rayo de luz evangélica que con su claridad y fuerza disipa la espesa niebla que tan cubiertos tiene sus ojos... los Pastores de su Iglesia no miden sus obras con el compás del Evangelio..**"⁴⁷

Por eso, aunque muchas veces el entorno no aprobó o no vio posible realizar lo que ella estaba demandando desde Dios, siguió adelante y esperó a que la misma realidad confirmara la acción de Dios. Así sucedió en Cuba, esperando los trámites para la aprobación de la nueva Orden. Cuando sólo ella parecía ya esperarlo, llega el Decreto, "**y entonces vieron el Arzobispo y el Provisor, el error que antes despreciaron como un aviso de una mujer ignorante y alucinada en su modo de pensar.**"⁴⁸

No es una situación nueva para la mujer, ni nos es del todo extraña siglos después. Antes, Teresa de Jesús escribía: "**...¿no basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces para que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público...? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia; que sois juez justo y no como los jueces del mundo, que, como son hijos de Adán, y en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa... porque veo los tiempos de**

⁴⁴ Diario 14. *Escritos*, p. 216.

⁴⁵ PR 1. *Escritos*, p. 309.

⁴⁶ Aut. 191. *Escritos*, p. 140.

⁴⁷ PR 54. *Escritos*, p. 329.

⁴⁸ Aut. 203. *Escritos*, p. 144.

manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres".⁴⁹

El mismo Claret reconoce que no le era fácil tratar con esa "mercadería"⁵⁰ (refiriéndose a las mujeres), y sin embargo, su misión eclesial se lo impuso en múltiples momentos, hasta que él mismo llegó a buscar consejo y colaboración femenina, como ocurrió con M^a Antonia en Cuba.

Será en esos años de trabajo conjunto, cuando Claret pueda romper con algunos de sus prejuicios, y reconocer serenamente la fortaleza y lucidez de esta mujer. Ante una consulta de Curríus sobre la admisión de novicias, dejará la decisión en manos de M^a Antonia, diciendo de ella que "cuando Dios escoge a alguna persona para una obra le da los conocimientos necesarios."⁵¹ Expresa un talante bien distinto de aquel momento inicial en que se resistía a tomar parte de la Fundación, más centrado en las dificultades reales que en la llamada de Dios. A partir de aquí, serán una referencia mutua el uno para el otro, tanto en cuestiones prácticas que tenían que decidir, como en un progresivo crecimiento personal en la medida que van compartiendo muchas de sus vivencias humanas y espirituales. Aunque no podemos detenernos aquí a analizar en profundidad su relación, es sin duda, una de las realidades que mejor expresan la capacidad y madurez de M^a Antonia para establecer relaciones libres y afectuosas.

En cuanto a Caixal, de quien dice "que le tenía mucho amor,"⁵² fue su director espiritual desde la adolescencia, con los intervalos que impuso el destierro. Su intervención será decisiva en momentos clave, como los primeros contactos con Claret, o el discernimiento para salir de la Compañía de María. Así resumía él la andadura espiritual de M^a Antonia: "... su vida desde niña ha sido extraordinaria, y nadie se lo ha conocido, Dios es quien le enseñó la oración mental y todo lo que sabe, que en ciertas cosas, y por cierto, las más importantes, sabe más que los sabios"⁵³

Curríus también tuvo un papel importante en su vida. Fue confesor de M^a Antonia y de las hermanas en Cuba y la acompañó en su regreso a España en 1859. Entusiasmado con los ideales de Reforma de la Iglesia, Curríus trabajó incansablemente para que se llevaran a cabo.

Pero tanto uno como otro, acabaron rompiendo esta estrecha relación con M^a Antonia, llegando incluso a crear divisiones internas y enfrentamientos difíciles de entender.⁵⁴ Ella sufrió enormemente su alejamiento, las difamaciones, los malos entendidos. Este dolor en M^a Antonia es doble: por un lado, porque viene provocado en buena medida por aquellos que la habían acompañado a lo largo de tantos años; y por otro lado, porque la unión de las casas y de cada una de las hermanas había sido uno de los pilares fundamentales en que se asentaba el Instituto y uno de los principales obstáculos para conseguir la aprobación canónica: "Toda la polvareda que ha levantado el P. Curríus ha sido para hacer independientes las casas, que es tanto como **arrancar la raíz del Instituto**, cuyos bases principales son la mutua unión y dependencia de una Cabeza..."⁵⁵ "¿No se acuerda (dirigiéndose a Caixal) que todas nuestras casas han de formar un solo cuerpo?"⁵⁶

⁴⁹ *Camino de Perfección*, cap. 4, Manuscrito de El Escorial. Este párrafo es una de las partes que algunos teólogos amigos "censuraron" en la primera recensión del escrito para evitarle problemas.

⁵⁰ Carta a Caixal, 9 de febrero 1850. EC, I, 118, pp. 353-354.

⁵¹ Carta a Curríus 15-2-1853. EC I, pp. 771-773.

⁵² Cf. Aut. 43. *Escritos*, p. 324.

⁵³ ECX, 14-XI-1855.

⁵⁴ Tanto para entender la ruptura de relaciones con Caixal, como con Curríus, cf. Álvarez, J, *Historia...* pp 531-618.

⁵⁵ Carta al Arzobispo de Cuba. Septiembre 1879. *Epistolario M^a Antonia París* (EMAP), p. 349.

⁵⁶ Carta a Caixal. Sin fecha. EMAP, p. 156.

Sin embargo, intentó vivirlo con la mayor serenidad posible. Cuando Curriús quiere modificar por su cuenta algunos puntos de las Constituciones, M^a Antonia le escribe así desde Carcagente: *“dispéñeme, Padre, que no debía precipitarse en quebrantar las Constituciones del Instituto sin más ni más... Sin ninguna pasión leo sus cartas, y lo que siento delante de Dios es que si quería hacerme alguna observación por el bien del Instituto, podía hacérmela, pues sabe cuánto las he apreciado siempre, pero sin interrumpir en nada la marcha de la observancia de las Reglas. Le hablo lo que siento delante de Dios en la oración y fuera de ella; si en alguna cosa le he disgustado perdóneme, que todo es para mayor bien de nuestras almas.”*⁵⁷

II. MUJER ENRAIZADA EN DIOS

Haber recorrido los avatares históricos por los que atravesó M^a Antonia, nos da ya muchas claves de su camino espiritual: una marcada vocación eclesial, apostólica y misionera; una vivencia gozosa y cordial del Dios de la Alianza, por quien queda plenamente prendida a la realidad concreta en que vive; una vivencia cristológica centrada en la Humanidad sufriente de Jesús.

Y todo ello, cimentado en ese **pacto de amor** que la unifica interiormente, con una lucidez humana y espiritual muy significativa. Cada día, en su *Oración de la mañana*, pide: *“Os suplico que os dignéis iluminarme con vuestra infinita Sabiduría para que os conozca a Vos y me conozca a mí y conozca también todo lo que queréis que haga para serviros y amaros.”*⁵⁸

Es decir, M^a Antonia sabe que en la relación con Dios, la realidad humana no es ajena ni indiferente. Necesitamos conocer a Dios, pero también conocernos a nosotros mismos, para así poder llegar a una única acción conjunta, tan de Dios como nuestra. Sabe que no basta con que Dios se revele íntima y gratuitamente, sino que cada una debe estar atenta y sensible para percibirlo y acogerlo, física, psicológica y espiritualmente: *“muchas veces me parece estar tan metida en Dios, que si (Él) no confortase mi flaqueza, no podría el cuerpo resistir; y muchas veces me he visto obligada a decir: Basta, Dios mío, basta, o ensanchad mi corazón o suspended tales finezas de amor.”*⁵⁹

Esta “corporalidad” tan presente en la espiritualidad de M^a Antonia, es vivida también respecto a Dios: *“...sentía tan real y verdadera esta divina presencia, que me parecía tenía una persona al lado... y me imponía tanto la certeza de la divina presencia, que nunca me atreví a mirar directamente a (esa) parte... veía una claridad tan extraordinaria que no sé a qué compararla... Esta divina luz siempre robustecía mi alma y mi cuerpo...”*⁶⁰

De hecho, en sus Escritos abundan expresiones en esta dirección, que van más allá de meras metáforas. Por ejemplo, dice haberse sentido siempre llevada por Él *“en la palma de sus manos”*⁶¹ y que muchas veces la dejó sentir *“la blandura de sus brazos con que apretaba mi alma...”*⁶²

⁵⁷ Carta a Curriús, 21-IX-1877. EMAP, p. 313.

⁵⁸ *Escritos*, p. 194.

⁵⁹ Aut. 42. *Escritos*, p. 76.

⁶⁰ Aut. 21.23. *Escritos*, pp. 67-68.

⁶¹ Aut. 135. 140. *Escritos*, pp. 118. 120.

⁶² Aut. 159. *Escritos*, p. 127.

Este modo de entenderse a sí misma y a Dios, no sólo revela una determinada concepción antropológica, sino que además, viene a confirmar el modo concreto con que Dios quiso siempre revelarse a M^a Antonia: en-carnadamente, en-la-historia, en-lo-real. No hay divisiones ni parcelas. Ni la relación con Dios nos “saca” de lo humano, ni nuestro quehacer nos puede “aislar” de la vivencia espiritual. Por eso, dejó escrito en las Constituciones de 1869: “**Juntarán la acción con la contemplación, punto el más necesario de nuestro Instituto.**”⁶³

Y con el mismo temple intentaba que esta consistencia interna quedara clara desde los comienzos de la formación. En una ocasión, escribe a la Priora del convento de Reus, que entre otras cosas le había consultado sobre una joven con “desmayos” en la oración, y le dice así: “*me desagradan mucho esas boberías..., a esa joven vea de ejercitarla mucho en el trabajo y no la deje estar en el coro tanto como a las otras; si tuviera de profesar ahora, ya le diría que no la profesasen, pero como habrá el año de noviciado, espabilela y ejercítela para quitarle boberías.*”⁶⁴

De hecho, los testimonios de aquellos que la conocieron también confirman este talante afectivo y a la vez, recio, consistente: “*Según dicen sus contemporáneos, nuestra Madre primero **no quería que fuéramos melindrosas y mimosas**; nos educaba y enseñaba a **ser como robles de monte y no flores de jardín**. Quería **almas grandes y esforzadas**, y decía: *hermanas, seamos generosas con el Señor y no regateemos nada.*”⁶⁵*

Su **vocación eclesial, apostólica y misionera** queda reflejada ya en aquel primer voto de Tarragona ofreciéndose *a cruzar los mares*, y más aún, desde la “Experiencia Inicial” de 1842 que marca el comienzo de su discernimiento posterior. Podemos decir que toda la vivencia espiritual de M^a Antonia gira en torno a la Iglesia y la conoce en sus necesidades más nucleares en la medida que conoce y contempla a Cristo: “*Todo lo vi en Cristo Crucificado*”. Sin duda, se da en ella una profunda identificación entre Cristo y su Cuerpo, *que es la Iglesia*, participando de toda la tradición paulina.

Ya hemos visto cómo la llamada recibida cristalizó, concretamente, en la fundación de una *Orden Nueva en la práctica* y en sus *Puntos para la Reforma*. Pero no podemos olvidar otra importante vertiente: la oración por las necesidades de la Iglesia y la vivencia sufrida de tantos males eclesiales (tanto en la Iglesia Universal, como en la española y en su entorno más inmediato, el propio Instituto que había fundado junto con Claret). Y como no podía ser de otro modo, esta dimensión mística tuvo también consecuencias físicas: “*mi estado de salud continúa delicado y no puede ser otra cosa por las continuas aflicciones de espíritu, que cada día se aumentan.*”⁶⁶

Por eso, es significativa su profunda experiencia el día de la Profesión Religiosa. Sólo en una fuerte **vivencia de alianza**, desde una honda y gozosa experiencia cordial y gratuita, se puede sobrellevar gustosa tal carga:

“*...Me dijo Nuestro Señor: Este es hija mía **el peso que carga sobre ti de la Reformación de mi Iglesia**; y **me llamó tres veces "esposa mía"**, con **grandísimo cariño, dándome a entender que me amaba mucho el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo**... Y me dijo: ‘Hija mía, de aquí en adelante **quiero estar sentado en medio de tu corazón como en mi propio trono**’... no me parecía que estaba Dios en mi corazón sino que... **yo en cuerpo y alma estaba metida dentro del Corazón de mi Dios y Señor**”⁶⁷*

⁶³ *Escritos*, p. 537.

⁶⁴ *Positio*, p. 203.

⁶⁵ *Testimonio de las MM. Teresa Porta de San Tadeo y Úrsula Viñas de San Matías*, Arch. Gener. RMI, AB 4.3 bis.

⁶⁶ Carta a D. Enrique Gomis, el 9-5-1882. EMAP, p. 451.

⁶⁷ *Relación a Caixal 9 (RC)*. *Escritos*, p. 172.

Por eso, nunca quiso una espiritualidad basada en muchas prácticas o expresiones externas, ni para ella ni para el Instituto. En realidad, se trata de vivir en continua y progresiva intimidad con Dios, pues ella sabe que es lo que realmente sostiene todo lo demás: “...*me dio una comunicación tan continua... que me parecía imposible poder vivir una criatura en esta miserable vida con tan íntima comunicación con Dios... me parece que me tenía Dios el alma metida en lo más secreto de su corazón... con tanto regalo y caricia,... Yo no sé si digo disparates, pero es nada esto y cualquier comparación que se pueda hacer respecto del **cariño y familiaridad** con que Dios nuestro Señor trató por aquel tiempo a mi alma...*”⁶⁸

En este momento, ya sabemos que no se trata de un gozo ingenuo. Es la alegría que brota de saberse cada vez más *hija en el Hijo Crucificado*, y por eso, se mantiene también en los momentos más difíciles, cuando incluso Dios mismo parece desaparecer: “...*Hasta aquí no sabía qué era padecer! ...expuesta a cada momento a perder a mi Dios para siempre, que en esta clase de tribulación sólo el que Dios se la permita podrá entender lo que en ella se padece, y quien esto no ha padecido, no sabe qué cosa es padecer.*”⁶⁹

Más aún; ella misma confiesa que en estos momentos de oscuridad y abandono, tuvieron lugar también algunas de las experiencias más ricas: “...*un día de los que yo estaba más afligida ... me dijo Nuestro Señor: **déjame hija, descansar en tu corazón, que no tengo en donde reposar.***”⁷⁰

Su experiencia cristológica se centra en **la humanidad sufriente de Cristo**, pues dice no haberlo visto nunca glorioso, “*sino siempre paciente, padeciendo*”⁷¹. No sólo es una forma de participar co-redentoramente del sufrimiento de Cristo; es, sobre todo en ella, la manera de unirse más a Él: “... *aunque hubiese de sufrir todos los trabajos de este mundo... aún esto me parece poco por el amor que me tiene mi dulcísimo Redentor. Así, que ninguna cosa me apesadumbra ni trabajos me abaten ni las satisfacciones me exaltan. Sólo suspiro y deseo vivamente vivir crucificada con Cristo Crucificado.*”⁷²

Pero no es un sufrimiento que nazca del propio voluntarismo o de un deseo sacrificial (*Misericordia quiero, y no sacrificios...*) sino del amor, del propio deseo por ser cada vez más “*copias vivas de Jesucristo*”: “*Sabes hija mía que has de ser semejante a mí, abraza la Cruz con todo el afecto de tu alma...*”⁷³ Toda su fortaleza está en el Amor que de él recibe, y por eso, lo pide insistentemente, cada mañana, para sí, y para el Papa, los Cardenales, los Prelados, los religiosos, cristianos y no cristianos, “*pues este Amor es la miel que endulza todas nuestras amarguras, suaviza las cosas ásperas, facilita las difíciles y nos lleva en sus brazos,... el amor lleva la carga sin carga, y aunque sea muy pesada, con el amor no lo sentimos; **hacedme, Dios mío, la gracia de amaros tanto como mi alma desea...***”⁷⁴

Vivió el escándalo y la sabiduría de la cruz, porque cuando aparentemente nada se veía, creyó que la promesa hecha por Dios se estaba llevando a cabo. Supo esperar contra toda esperanza, pues “*Nuestro Señor siempre me hace probar primero lo sumo de la tribulación y cuando ya no hay quien me pueda valer, entonces pone su*

⁶⁸ Aut. 48. *Escritos*, p. 79.

⁶⁹ Recuerdos y Notas (RN), 2ª serie; 4-5. *Escritos*, p. 193.

⁷⁰ Aut. 70. *Escritos*, p. 90.

⁷¹ Aut. 14. *Escritos*, p. 62.

⁷² RC 15. *Escritos*, p. 176.

⁷³ Diario 75. *Escritos*, p. 261.

⁷⁴ Oración de la mañana. *Escritos*, p. 194.

poderosa mano y en un momento cesa la tribulación, porque tiene tal traza Nuestro Señor, que cambia la pena en gozo.⁷⁵

La vida de M^a Antonia es un ejemplo del progresivo abandono que la confianza en Dios genera en el creyente; es decir, “en el que cree”, aunque no por ello se entienda, pues “...Dios obra en el alma con tanta intimidad,... y lo hace de tal manera, que **cuanto más obra, menos se entiende.**”⁷⁶

La fortaleza venía de su Dios y Señor, y está convencida que seguirá siendo la fuerza de todas las que vendrán: “...me dijo Nuestro Señor con grande cariño: **¿Por qué te afliges hija mía pobrecilla? ¿Cómo no te acuerdas que te tengo dicho que todo lo tengo yo para ti? Entonces empecé a acordarme cuán bien cumple su palabra este gran Señor que todo lo puede, y que quien cuida tan bien cuatro hormiguillas que éramos entonces, tiene poder para sustentar cuatro mil esposas suyas, y todo el mundo entero como lo hace. ¡qué consuelo y confianza dan estas palabras!**”⁷⁷

III. “EN LA FE MURIERON TODOS ELLOS, SIN HABER CONSEGUIDO EL OBJETO DE LAS PROMESAS...” (Hb 11,3)

Podríamos decir que la vida de esta mujer está marcada por un encuentro. Tocada y habitada por el Dios de la Vida y de la Historia, M^a Antonia dejó que la promesa guiara todos sus pasos, aunque muera sin ver cumplido, en gran parte, lo prometido. Entra así a formar parte de tantos testigos, de tantos hombres y mujeres de fe. Pero también, como a todos ellos, a M^a Antonia se le dieron **signos** de que lo prometido ha sido realidad y lo será en plenitud.

Murió sin ver aprobadas las Constituciones del Instituto, sin que el Papa aplicara la Reforma Eclesial que ella había vivido como inspirada por Dios. Fue abandonada por muchos de los que en los primeros momentos la habían apoyado; no se entendió el sentido de unidad de los conventos en torno a una hermana, ni la comunicación de bienes materiales y humanos entre las comunidades. No se creía posible que las monjas vivieran del propio trabajo, sin rentas. No se aceptaba que religiosas con votos solemnes pudieran abrirse a la misión apostólica universal.

Tan solo Claret mantuvo con ella una estrecha relación hasta su muerte, en 1870. Por eso, M^a Antonia creyó perder con Claret aquella “*señal*” que Dios había puesto en su camino para asegurarla que era posible llevar a término su misión: “*si se le había llevado a él ¿cómo se cumpliría su obra?*”. Sin embargo, una vez más, esta pérdida tan dolorosa para ella, se transformó en un paso de Dios para cimentar su fe sólo en Él, sin depender de personas ni de tiempos: “*En esto me dijo el Señor ¿Por ventura es abreviada mi palabra?. Ten confianza, hija, espera un poquito y verás lo que Yo hago...*”⁷⁸

Atravesando el umbral de los 150 años de Fundación, muchos de los ideales que María Antonia entrevió en su tiempo se han ido realizando poco a poco. Buena parte de los elementos de su programa de Reforma de la Iglesia han visto la luz con el Concilio Vaticano II. En las Congregaciones Religiosas, hoy es posible la fraternidad de todas las comunidades con una hermana, signo de unidad y comunión. Podemos vivir de nuestro trabajo y en misión apostólica universal y plural.

⁷⁵ Aut. 89. *Escritos*, p. 100.

⁷⁶ Aut. 84. *Escritos*, p. 96.

⁷⁷ Aut 90. *Escritos*, p. 100.

⁷⁸ Diario 109. *Escritos*, p. 285.

Pero en nosotras y en nuestra Santa Madre Iglesia, siguen presentes luces y sombras, trigo y cizaña,... muchos “males” que nos urgen hoy y siempre a volver constantemente al ideal evangélico que ella quería para nosotras, a vivir en fidelidad la pobreza evangélica, fundamento de nuestro Instituto, y a ser mujeres que viviendo el Evangelio “*hagamos fácil a los demás este mismo camino...*” ¿Cómo?:

***“Ore el Misionero con Cristo, orando;
viaje con Cristo, viajando;
coma con Cristo, comiendo;
beba con Cristo, bebiendo;
duerma con Cristo, durmiendo;
sufra con Cristo, sufriendo;
predique con Cristo, predicando;
descanse con Cristo, cansado;
y viva con Cristo muriendo,
si quiere entrar en la vida con Cristo, reinando.
A mayor gloria de Dios y bien de mi alma.
Amén.”***⁷⁹

“...Y esto lo digo para que las que vendrán aprendan a esperar en Dios contra toda esperanza”,

*M^a Antonia París*⁸⁰.

*Rosa Ruiz
M^a Hortensia Muñoz
Misioneras Claretianas*

⁷⁹ *Misionero Apostólico*, 31. *Escritos*, p. 359. Este escrito es el más breve, de M^a Antonia. Contiene un conjunto de normas espirituales y disciplinares para los Misioneros Apostólicos. De él destaca este número por su profundidad cristológica.

⁸⁰ Aut. 218. *Escritos*, p. 149.